

## PARTE VIII

### SOLITARIOS DEL ASIA MENOR Y DE LAS PROVINCIAS VECINAS

San Basilio el Grande y san Gregorio Nacianceno <sup>1</sup>.

Estos dos ilustres santos honraron tanto la vida monástica, que no es posible dejar de hablar extensamente de ellos al principio de este libro. Resumiremos, sin embargo, lo que no se relacione con nuestro propósito, para tratar con más extensión lo que á sus ejercicios ascéticos se refiere. Hemos creído que no debíamos separarlos, pues fué muy estrecha su amistad, y procedieron con la más perfecta armonía para dar al estado monástico en sus provincias el mismo realce que tenía en la Mesopotamia, en la Siria, en la Palestina y en el Egipto.

Opina el cardenal Baronio, aunque sin fundamento, que san Basilio fué el fundador de los monjes en el Ponto y en la Capadocia. Es verdad que no tenemos pruebas en contrario; pero es difícil concebir que unos solitarios que se habían extendido desde la Siria y la Mesopotamia hasta la Persia, no se hubiesen establecido también en el Asia Menor, en donde encontraban ménos dificultades. El acla-

<sup>1</sup> S. Basilio el Grande, san Gregorio Nazianceno, san Gregorio de Nisa, Rufino, Sozomeno, Theodoreto, Sócrates y Baronio.

rar este punto sería una discusión inútil para nuestro objeto, puesto que por una parte la opinión de Baronio no se funda más que en conjeturas, y por otra, nada nos dicen los historiadores acerca de los solitarios del Ponto ántes de san Basilio, y aún cuando ántes los hubiese habido en esta región, nada podríamos decir que satisficiera la piadosa curiosidad de nuestros lectores, cualquiera que fuese la opinión que siguiéramos. En fin, si no podemos dar á san Basilio el título de primer fundador de las órdenes monásticas en el Ponto, no puede dudarse que, á lo menos, fué su celoso propagador, y que llegó á ser el padre de los monjes de Oriente por las reglas que les dió, y que han sido casi universalmente seguidas.

La ciudad de Cesarea, en Capadocia, fué la patria de este Santo, asignándose su nacimiento hacia el año 328 ó 329, y encontrando en su familia nobleza, riquezas y santidad. Hablaremos en particular de él para no interrumpir el hilo de su historia. Fué educado en su infancia por su abuela santa Macrina, y recibió de su padre los primeros conocimientos de las letras humanas, y probablemente de la retórica. Pasó sucesivamente á Cesarea de Palestina, á Constantinopla y Atenas para hacer otros estudios, y en esta última ciudad es en donde contrajo una estrecha amistad con san Gregorio Nacianceno, que era casi de su misma edad, y tenía las mismas inclinaciones á la virtud.

La conducta que observó en estas diferentes ciudades correspondió á la santa educación que había recibido, y á las excelentes disposiciones que demostraba para todas las ciencias. San Gregorio Nacianceno describe de esta manera la vida que hacía en Cesarea de Palestina. « Sólomente los que le han instruido saben cuán digno y simpático se mostraba para con sus maestros y discípulos. Igualaba á aquellos, y sobrepujaba á estos en todo género de ciencias. Se granjeó en poco tiempo una gloria extra-

ordinaria en todo el pueblo y aún entre los personajes más ilustres de la ciudad. Admirábase en él una ciencia y una erudición superior á su edad, y aparecía en sus modales una gravedad y una dignidad mucho más admirables que su ciencia. El estudio de la elocuencia era para él muy secundario, y no se servía de ella sino en cuanto contribuía al esplendor de la filosofía cristiana, y á la mejor y mas clara manifestación de sus pensamientos. Su estudio principal consistía en aprender á desprenderse del mundo para unirse á Dios, en ganar los bienes inmutables y eternos por medio de los frágiles y pasajeros, y en adquirir el cielo aún á costa de todas las cosas de la tierra.

Basilio continuó portándose de la misma manera en Constantinopla, en donde estudió bajo la dirección del célebre Iabanio, que desde entonces le miraba con respeto, aunque era muy joven, á causa de la gravedad de sus costumbres, y se sentía arrebatado de admiración á vista de su elocuencia. La divina Providencia y su irresistible inclinación á las ciencias le llevaron á Atenas. San Gregorio Nacianceno, á quien había conocido en Cesarea, había llegado antes que él. Este santo nació hacia el año 329, en la aldea de Arioza, en el territorio de Nacianzo, lo cual es causa de que se le dé el nombre de este territorio. Fue su padre Gregorio, que más tarde ocupó la silla episcopal de esta ciudad, y su madre la bienaventurada Nona, ambos venerados como santos, así como san Cesáreo su hermano, y santa Gregoria su hermana. Después de la de san Basilio hablaremos de esta santa familia. Su madre le obtuvo por el fervor de sus oraciones, y su infancia pasó en una hermosa inocencia, sostenida y alimentada por la piedad de sus padres. Desde sus más tiernos años manifestó una especie de gravedad que presagiaba la que había de distinguirle durante toda su vida. La inclinación de su corazón hacia la virtud crecía con la edad : gozaba en la lec-

tura de los Libros santos, y ninguna recreación le satisfacía tanto como conversar con personas piadosas. Un sueño que tuvo, y en que le pareció presentársele la castidad con sus celestiales atractivos, abrazó su corazón en amor hacia esta virtud, y se consagró enteramente á ella. En su consecuencia renunció á todas las recreaciones de la juventud, y á todo cuanto pudiera ofrecerle en el mundo motivo de tentación, y desde entonces no encontraba satisfacción en ninguna cosa más que en el servicio de Jesucristo.

Después de aprovecharse en su casa de los cuidados que se había tomado su padre por su educación, pasó á Cesarea de Capadocia y después á Cesarea de Palestina, en donde asistió á las lecciones de Thespeso, célebre profesor de elocuencia. Pero al cultivar las letras humanas, daba siempre la preferencia á las divinas, que consideraba como el único estudio digno de un cristiano. Permaneció algún tiempo en Alejandría, y después pasó á Atenas para perfeccionarse en la elocuencia. En su viaje se le manifestó de una manera extraordinaria la protección que Dios le dispensaba, pues que le destinaba para ser una firme columna de su Iglesia y un celoso ministro de la salvación de las almas. El buque que le conducía fue combatido veinte días por una violenta tempestad, durante la cual se hallaron todos los pasajeros á punto de perecer. Casi todo este tiempo lo pasó postrado sobre la cubierta implorando el auxilio de Dios, á quien renovó la promesa que había hecho su madre al darle á luz. Sus padres sufrieron también amargamente, considerando el peligro en que se hallaba, y unieron sus oraciones á las del joven naufrago. Dios las escuchó misericordiosamente : el mar se calmó, y todos los pasajeros estaban tan persuadidos de que debían su salvación á sus oraciones, que abrazaron la fé de Jesucristo. Llegó, por último, á Egina, desde donde se trasladó á Atenas. Esto acontecía hacia el año 350,

en cuyo tiempo podía tener unos veintiuno ó veintidos años.

San Basilio, cuya historia reanudamos, llegó á la misma ciudad el 351, siendo para él un gran motivo de consuelo el encontrar á su íntimo amigo, Pero viendo que Aténas no respondía á la idea que se había formado, comenzó á arrepentirse de su viaje. Gregorio levantó su abatido ánimo, y lo tranquilizó, diciéndole que, como no era posible conocer las costumbres de los hombres sino despues de una larga experiencia, así también se necesitaba algún tiempo para juzgar su doctrina.

Su amistad, que hasta entonces era puramente natural, fué de dia en dia más estrecha y sólida, á medida que se comunicaban los sentimientos más íntimos de sus corazones, y se confiaban sus ardientes deseos de consagrarse enteramente al Señor, hasta el punto de tener una morada y una mesa común, por lo mismo que no tenían más que una voluntad de servir á Dios con toda perfección. « ¡ Ay ! dice san Gregorio hablando de esta hermosa unión, ¿ como podré yo referirla sin derramar lágrimas ? La ciencia, tan propensa á la envidia, era el fin á que nos consagrábamos, y sin embargo, no sentiamos los estímulos de esta villana pasión ; ántes por el contrario, la emulación sólomente nos excitaba á estudiar mejor, y nos esforzábamos, no en sobresalir el uno sobre el otro, sino en aprovechar mutuamente. Cada cual miraba la gloria del otro como propia. Todos nuestros esfuerzos, todas nuestras pretensiones eran adelantar en la virtud. No queríamos vivir en la tierra sino para hacernos dignos de la vida del cielo. Trabajábamos por desasirnos de esta vida ántes de dejarla, y á este fin únicamente dirigíamos todas nuestras acciones. La ley de Dios nos guiaba, y mutuamente nos animábamos á la práctica de la virtud. No nos tratábamos con los estudiantes libertinos, sino con los más

recogidos y castos. Evitábamos la compañía de los turbulentos, y buscábamos la de los pacíficos, porque es más fácil contagiarse con el vicio que imitar la virtud. Nos complacíamos más en las ciencias que reportan utilidad, que en las que no sirven sino de pura recreación. No sabíamos más que dos caminos, el de la Iglesia, que nos era muy agradable, y el que nos conducía á la casa de nuestros maestros, dejando á otros el que llevaba á las fiestas profanas, á los espectáculos, á las asambleas y festines, porque no debe hacerse caso sino de lo que contribuye á santificar la vida. Hay muchos que se envanecen con el nombre de sus padres, á con los cargos que ejercen y las dignidades que los honran ; pero nosotros no queríamos otra gloria que ser llamados cristianos, y serlo verdaderamente. »

Así se expresa san Gregorio, y hemos creído conveniente exponer la edificante conducta que observaron durante el tiempo de sus estudios, para presentarlos como modelos de jóvenes estudiosos, sin que puedan excusarse con su juventud ni con los malos ejemplos, pues estos santos se hallaban en la edad en que combaten las pasiones con más vehemencia, y en que no faltan en las ciudades en que estudian escolares libertinos, que al mismo tiempo que cultivan sus inteligencias con el estudio, abandonan sus corazones á toda clase de excesos.

Juliano, que despues fué emperador y apóstata, vino á Aténas en la época en que estudiaban estos dos santos. Pronto conocieron los sentimientos que abrigaba su in-noble espíritu, por más que procuraba ocultarlos, lo cual hace exclamar á san Gregorio con amargura : « ¡ Que grande mal alimenta el imperio romano en este jóven ! ¡ Quiera Dios que yo sea un falso profeta ! » Poco tiempo permanecieron en esta ciudad despues de la llegada de este príncipe, pues san Basilio se retiró el año 355, á pesar de los esfuerzos que se hicieron para retenerle. Poco

despues le siguió san Gregorio, yendo uno en pos de otro á Constantinopla, y reuniéndose al fin en Capadocia.

San Basilio había perdido á su padre, y habiendo llegado á Cesarea, su patria, « dió alguna cosa al aire del mundo y á la escena del siglo, » según la expresión de san Gregorio, lo que puede significar que enseñó la retórica, no por ostentación, sino por satisfacer los deseos de sus conciudadanos. Pero su hermana santa Macrina, uniendo sus consejos á las inclinaciones que sentía por abandonar enteramente el mundo, acabó por determinarle á esta resolución. « Comenzó, pues, dice san Gregorio Nacienceno, á vivir para sí mismo : dejó de ser jóven indeciso, para hacerse varón fuerte, y á esforzarse generosamente por llegar á la divina filosofía. Despreció todo el vano aparato y brillantez de la ciencia profana, para abrazar una vida humilde, como Moisés había preferido la pobreza de los hebreos á los tesoros de los egipcios. »

Pero oigamos al mismo san Basilio que describe en estos términos el estado en que entónces se hallaba su espíritu. « Despues de haber dado, dice, mucho tiempo á la vanidad, y de haber empleado casi toda mi juventud en adquirir con un largo é inútil trabajo las ciencias que conducen á la sabiduría reprobada por Dios, me levanté al fin como de un profundo sueño. En este estado necesitaba un guia que me condujese, é hiciese entrar en los principios de la piedad. Mi mayor cuidado era reformar mis costumbres. Leí, pues, el Evangelio, y encontré que no hay un medio más adecuado para llegar á la perfección, que vender los bienes, distribuir su valor á los pobres y desprenderse de todos los cuidados de esta vida, de tal manera que el alma no se halle turbada por el apego á las cosas de la tierra. »

Dice Rufino que fué san Gregorio Nacienceno el que, valiéndose de la libertad que le daba la amistad, le hizo descender de la cátedra para abrazar la vida monástica y

el retiro ; pero es seguro que santa Macrina contribuyó, por lo ménos, tanto como él. San Gregorio, que había diferido la recepci3n del santo bautismo hasta regresar á su pais, emprendió, despues de recibirlo, la misma perfección que se había esforzado por inculcar á su amigo, y se entregó tan enteramente á Dios, que no quiso tener otra posesi3n que su santo amor. Despreció absolutamente las riquezas, la nobleza, la reputaci3n, el poder y todas las voluptuosidades bajas y perecederas de la tierra... « Todo lo he dado, dice él mismo, al que me ha recibido y me ha conservado en su heredad. Le he consagrado mis bienes, mi gloria, mi salud y el talento de la palabra que pudiera tener, y no he sacado otro fruto de todas estas ventajas terrenas que el despreciarlas, y tener alguna cosa en que poder preferir á Jesucristo. » Desde entónces miró con aversi3n profunda todas las grandezas y dulzuras de la tierra. Todo el regalo de su mesa consistía en un poco de pan con sal y agua, y estimaba esta vida pobre y penitente mucho más que las delicias de que puedan gozar las más distinguidas personas en el mundo.

Esto nos demuestra que los dos santos abrazaron desde entónces la vida ascética ; pero no permanecieron juntos, aunque lo hubieran deseado, porque san Gregorio se vió obligado á cumplir para con sus padres los deberes que la misma naturaleza impone. San Basilio emprendió algunos viajes que consideró convenientes para su propósito de consagrarse enteramente á Dios, recorriendo la Mesopotamia, la Celesiria, la Palestina y el Egipto. Visitó á los santos solitarios de estas comarcas, y admiró su vida austera y laboriosa, así como su fervor y su asiduidad en la oraci3n. Quedó sorprendido de ver que, insensibles al sueño y á las demás necesidades de la naturaleza, al hambre, á la sed, al frio y á la desnudez, sin permitirse el más pequeño alivio, cual si sus cuerpos les fuesen extraños;

tenían siempre el espíritu libre y levantado à Dios, demostrando con su conducta, que, aún estando en la tierra, se puede ser ciudadano del cielo.

Hay motivos para suponer que san Basilio se hallaba en Alejandría, cuando el impío Jorje, furioso ariano, perseguía encarnizadamente à los católicos y à los discípulos de san Atanasio, como hemos visto en otro lugar. En uno de estos viajes, hacia el año 357 ó 358, tuvo el sentimiento de ver en todas partes, que los más ilustres y virtuosos obispos y muchos eclesiásticos eran desterrados y maltratados por los arianos, que turbaban la paz de la Iglesia con sus errores y cismas. Su corazón se desgarraba de amargura al considerar que, mientras la unión reinaba en los diferentes estados de la vida, en la Iglesia, por el contrario, por la cual había muerto Jesucristo, y sobre la cual descendían con abundancia los dones del Espíritu Santo, se oponían la mayor parte de los pueblos à las verdades del Evangelio. Pero lo que amargaba aún más su alma era ver que los sacerdotes se hallasen divididos en puntos fundamentales de fé, y que su conducta fuese tan opuesta à los divinos preceptos, desgarrando sin compasión à la Iglesia de Dios, y turbando la paz del rebaño de Jesucristo, realizándose de esta manera lo que decía el apóstol san Pablo, à saber : que muchos enseñarían una doctrina corrompida para atraerse discípulos con su novedad. Quiso examinar por sí mismo cual era la causa de estos desórdenes, y despues de consultar las sagradas Escrituras, reconoció que estas divisiones, así como la temeridad de los que inventaban dogmas nuevos, y preferían formar nuevos partidos contra Jesucristo àntes que someterse à su doctrina, no podía proceder de otra causa que de haber abandonado à Dios y no querer reconocerle por rey.

Dianeo era obispo de Cesarea desde muchos años àntes que Basilio regresase de sus viajes, y de sus manos recibió

el santo bantismo. Temiendo este prelado que otra iglesia se lo arrebatase, lo ordenó de lector, lo cual no fué obstáculo para que Basilio se esforzase en imitar la vida de los solitarios que había visitado, y para ello se unió à Eustaquio y à sus discípulos que profesaban la vida monástica. Eustaquio era compatriota y amigo suyo desde la infancia, y había edificado un monasterio en donde había reunido muchos discípulos, que observaban la más exacta disciplina. Creyó Basilio que debía unirse à ellos, pues su vida exterior se asemejaba à la de los monjes que había visto en otras provincias; sin embargo, muchas personas le aconsejaron que no se tratase con ellos, porque la voz pública proclamaba que sostenían erróneas doctrinas acerca de la divinidad de Jesucristo. Pero el Santo no atendió à estos consejos, porque no podía persuadirse que fuesen interiormente otra cosa de lo que manifestaba su exterior modesto y penitente. Pronto conoció que se habia equivocado en el concepto favorable que de ellos se había formado, y le bastó leer la *Historia eclesiástica* para distinguir en Eustaquio à un discípulo de Ario, à un veleidoso que no tenía otra fé que la que le convenía, y al más grande perseguidor que tuvo san Basilio.

Et Santo no permaneció mucho tiempo en Cesarea, pues sólomente esperaba à san Gregorio Nacienceno para dirigirse al Ponto : pero no pudiendo éste acompañarle, aprovechó esta ocasion para hacer una visita à su madre, que vivía con su hermana santa Macrina en un monasterio que habían edificado, y cerca de él encontró una soledad muy adecuada para secundar sus deseos. Este monasterio estaba situado à orillas del Iris, à poca distancia de Ibora, pequeña ciudad episcopal del Ponto, y à siete ú ocho estadios de la iglesia de los Cuarenta Mártires. La soledad que escogió san Basilio estaba à la otra orilla del Iris, y de ella hace una descripción muy agradable à san Gregorio para